



Alfonso X de Castilla (1221-1284)

figura acaso la más representativa de los grandes tiempos de la Escuela, la llama "luz de España y de la Cristiandad".

Fué la de Salamanca la primera Universidad donde se profesó el sistema de Copérnico, en 1543, mientras Domingo de Soto explicaba experimentalmente en 1545, medio siglo antes que Galileo, que la veloci-

dad de los cuerpos en el campo de la gravedad es proporcional al tiempo de la caída y no el espacio recorrido, según se venía creyendo erróneamente desde Aristóteles.

A finales del siglo XVIII, otra vez la Universidad de Salamanca renueva el panorama espiritual y literario español con los pensadores y poetas de la llamada segunda Escuela salmantina: Meléndez Valdés, Quintana, Gallego, Marchena. En aquel tiempo pasó por las aulas Belgrano uno de los fundadores de la Argentina.

Ayer mismo, la figura universal de Miguel de Unamuno, uno de nuestros máximos líricos y prosistas, viene a simbolizar que la Universidad de Salamanca ha sido el más alto índice y exponente de España, fiel a las alternativas de nuestra historia, y madre de las primeras y más ilustres Universidades de América y de Filipinas, como recientemente en los Centenarios de las de Lima y Méjico fué proclamado.

La Universidad de Salamanca, al disponerse a celebrar el VII Centenario de su primera constitución y elevación a Estudio General, se dirige a todos los Rectores, a todas las Universidades del mundo que quieran unirse a esta solemne conmemoración que habla de vínculos universales de paz, de Cristiandad y de cultura.

## Martin Alonso Pinzón

La empresa del descubrimiento de América—pese a la nacionalidad de Cristóbal Colón—fué una empresa castellana. El genovés halló en España un clima histórico propicio a las misiones ecuménicas y una preparación marítima esencial para las grandes aventuras oceánicas. Sin referirnos a los lauros ganados por los catalanes en el Mediterráneo y en el Atlántico, las fachadas atlánticas de Castilla habían proporcionado, desde el siglo XIV, excelentes buques y atrevidos navegantes. La marina cantábrica imperaba en los mares del Norte, mientras, en los estuarios de la costa andaluza, hervía el espíritu de descubrimiento, en contacto con los marinos mediterráneos y en noble emulación con los portugueses. En esta zona hispánica nacieron los grandes auxiliares de Colón en el primer viaje trasatlántico, entre los cuales se contaba Martín Alonso Pinzón, figura destacada en el descubrimiento de América, tanto por la colaboración que prestó al Almirante, como por sus propios proyectos personales.

Miembro de una vieja estirpe de marinos de Palos de Moguer, en Huelva, donde nació hacia 1440 Martín Alonso dedicóse desde su juventud, con sus hermanos menores Francisco Martín y Vicente Yáñez, al tráfico y comercio marítimo. Navegó por el Atlántico y el Mediterráneo, adquiriendo suma práctica en el arte de marear y reuniendo una fortuna no despreciable. Interesado por los descubrimientos lusos y por la fama de la existencia de islas y tierras más allá del Océano, Martín Alonso aprovechó un viaje a Italia para consultar una carta geográfica que se hallaba en la librería de Inocencio VIII en Roma. Se ha adivinado que este mapa fué el elemento esencial del descubrimiento de 1492. Aunque esta aseveración sea exagerada, puede afirmarse que Colón contaba con medios similares, y que, en todo caso influyó grandemente en el apoyo que los Pinzones dispensaron al descubridor para aprestar la armada de 1492.

Puesto en relación Martín Alonso con Cristóbal Colón por el padre Pérez, del convento de la Rábida, en un momento de desaliento para el genovés, celebraron varias conferencias a mediados de 1492. No se sabe con certeza cuáles fueron las conclusiones a que llegaron, pero sí es cierto que Martín Alonso secundó los proyectos de Colón, no sólo ofreciéndole su auxilio material, sino el enorme crédito de que gozaba entre los marinos de Palos de Moguer. En este momento, parece indudable que la acción ejercida por Martín Alonso fué decisiva para la organización de la empresa. Gracias a él, Colón pudo obtener un tercer buque, y substituir, con otros mejores, los dos primeros que había fletado.

Emprendida la navegación el 3 de agosto de 1492, Martín Alonso prestó relevantes servicios al Almirante. El capitán de la Pinta, además de su pericia náutica, revelada en la reparación del timón de su carabela, contribuyó en dos momentos solemnes, al feliz término de la empresa. El primero, cuando se produjo el malestar de la marinería en la Santa María, que calmó con palabras de una energía sin igual; el segundo, cuando el 7 de octubre, no avistando tierra, aconsejó al Almirante, el cambio de rumbo hacia el SW., medida que debía llevar la flota colombina hacia las Lucayas y Guanahani. En consecuencia, no son ciertas las sretencencias de Colón sobre la intervención de Martín Alonso en el descontento de la tripulación de la Santa María, ni las imputaciones de desobediencia con que le calumnió desde las páginas de su Diario.

Estas imputaciones se ponen de manifiesto a raíz de la separación de la Pinta de las dos restantes carabelas el 21 de noviembre de 1492. Colón atribuyó a



MARTIN ALONSO PINZÓN (1440-1493)

La gesta colombina tuvo aspectos que superaban la posibilidad individual del genio promotor. Necesitaba colaboradores, y el almirante los tuvo en los hermanos Pinzón, prestigiosos y expertos marinos de Palos de Moguer. Especialmente Martín Alonso, capitán de la Pinta, la nao venturusa desde la que se divisó tierra americana, fuc destacado auxiliar. Pero no pudo gozar del triunfo a su retorno, pues volvió enfermo, y murió a los pocos días, en Palos.

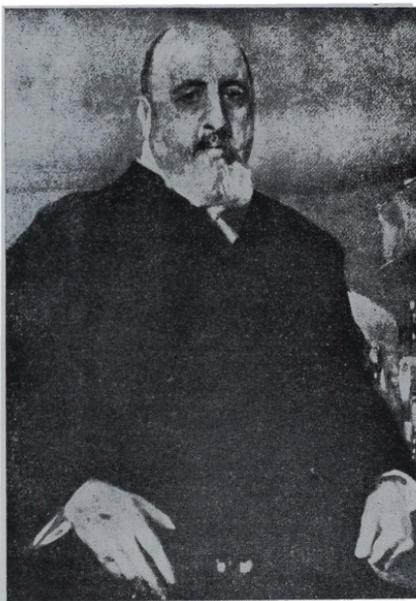
Martín Alonso las peores intenciones, cuando en realidad el marino de Palos se le volvió a juntar el 6 de enero siguiente en la costa septentrional de la Española. No parece que entre los dos personajes existiera mucha concordia, posiblemente debido al carácter en extremo receloso del Almirante. En el viaje de regreso un temporal separó la Punta de la Niña (14 de febrero), de modo que siguieron rumbos distintos. La Vinta navegó con sumas dificultades hasta el 4 de marzo, fecha en que avistó las costas de España y pudo refugiarse en el puerto de Bayona, de Galicia. En la misma fecha, Colón llegaba a Lisboa.

Desde Bayona, Martín Alonso dirigió un correo a los Reyes Católicos; pero éstos no quisieron recibirle sin ir acompañado del Almirante. Entonces puso proa a Palos, donde entró el 15 de marzo, el mismo día que también Colón recalaba en este puerto. Pero mientras el Almirante se preparaba a gozar de la fama histórica, Martín Alonso, aquejado de grave enfermedad, era retenido en su lecho de muerte en Palos de Moguer. Murió a los pocos días, probablemente el 31 del mismo mes, sin que pudiera defender, ante los Reyes Católicos y ante la Historia, la parte esencial que tuvo en el descubrimiento del Nuevo Mundo.

## *Uno de los más audaces constructores de la estirpe: el ingeniero español Torres Quevedo, por Miguel Sánchez Mazas*

Hace ahora cien años, veía la luz en un pueblo santanderino, Santa Cruz de Iguña, uno de esos genios sorprendentes que, de cuando en cuando, echa al mundo nuestra raza; pero esta vez fué un genio de un estilo, en cierto modo, inesperado, sobre todo para la España de fines del siglo XIX. Porque el hombre de quien hablamos reunía en su espíritu, por un lado, todas nuestras cualidades peculiares, —entendimiento creador, improvisación, formación autónoma, sin maestros, originalidad para resolver, a su manera, tanto los problemas teóricos como los prácticos—, y, a la vez, una forma de talento poco habitual, ya, entre nosotros, desde el gran siglo XVI, y en ciertos aspectos, desde siempre: talento matemático y lógico de excepcional rigor y claridad; talento, además, de una rara sutileza e ingenio para la realización técnica, para la imaginación y puesta en marcha de los más audaces y desconcertantes mecanismos. Este hombre prodigioso, cuya plena madurez científica resplandecía y producía en todo el mundo frutos grandiosos por los últimos florones del imperio; éste hombre que ve arrimarse, miserablemente, al muro de las lamentaciones y de las claudicaciones, tras de la pérdida de los últimos gorones del imperio; éste hombre que venía, humildemente, a refutar que fuéramos un pueblo puramente lírico, guerrero y artista, en el momento en que más fácil se hacía creerlo, se llamaba—es preciso que el orbe de lengua castellana no olvide su nombre glorioso—Leonardo Torres Quevedo.

Construir una máquina algébrica, conducir desde un aparato que utiliza las ondas hertzianas—el telekino—un barco lleno de pasajeros, fabricar un autómata ariedrecista que siempre gana matemáticamente, la partida—y que, el año pasado, en la Exposición Cibernética de París, aún pareció milagroso a los más célebres especialistas en la nueva y extraña ciencia—y, al mismo tiempo, levantar el gigantesco transbordador sobre el Niágara, de tensión invariable y resolver aquel problema, de la indeformabilidad de los grandes dirigibles, que angustiaba, hacia 1914, a la ciencia aeronáutica, son cosas demasiado extraordinarias para no causar el asombro de una Europa civilizada que repetía mecánicamente, aquello de que África acaso empiece en los Pirineos, ¿Habíamos vuelto, por ventura, a aquel hermoso tiempo en que precisión y grandiosidad encontraron fórmulas de síntesis en el alma hispana; a los días, por desgracia bien cortos, en que un maestro Ciruelo lograba aquellos prodios de relojería que hoy enviamos en Suiza, y un Herrera alzaba la gran fábrica escurialense? Rigor y



Leonardo Torres Quevedo (1852-1936)

Audacia, matemática e ingeniería; delicadeza, finura lógica en el proyectar, impulso grandioso, imaginación, voluntad y temple de hierro en la realización; teoría y práctica; habíamos vuelto de nuevo a la vieja y clásica armonía que—parecía mentira hacia 1898—fué nuestro patrimonio?

Sólo queremos aquí—brevemente—recordar un nombre, no describir ni enumerar siquiera sus obras: léanse sus éxitos en las revistas españolas y sobre